

# Enid Blyton

LA NIÑA

## MÁS REBELDE

QUIERE GANAR

**B** Bruño



Texto de ANNE DIGBY

— Ilustraciones de KATE HINDLEY

Enid Blyton<sup>®</sup>

LA NIÑA

MÁS REBELDE

QUIERE GANAR



Texto de Anne Digby  
Ilustraciones de Kate Hindley

**B** Bruño



# ÍNDICE

1	La auténtica Kerry Dane	7
2.	Belinda sorprende a Elizabeth	22
3.	Una entrada solemne	28
4.	Elizabeth guarda la compostura	35
5.	A Julian le desconcierta algo más	43
6.	La niña más rebelde quiere ganar	55
7.	Un resultado muy reñido	66
8.	Se necesitan nuevos monitores	75
9.	Emma habla con Elizabeth	88
10.	Elizabeth se rebela	98
11.	La niña más rebelde triunfa	106
12.	Un bonito encuentro	116





## CAPÍTULO 1

# LA AUTÉNTICA KERRY DANE

—¡U!n momento, papá! —gritó Elizabeth Allen, plantándose delante del carrito portaequipajes—. Por favor, tengo que sacar algo de mi baúl.

Las largas vacaciones veraniegas habían terminado. Elizabeth y su padre se encontraban en la gran terminal ferroviaria de Londres donde ella cogería un tren para regresar al internado. Ese día el señor Allen tenía asuntos que resolver en la capital, así que la había llevado en coche hasta la estación.

Habían llegado con más de media hora de antelación, pero Elizabeth se alegró al ver que sus amigos Julian y Joan ya estaban en la estación, atentos por si la veían. Echó a correr hacia ellos inmediatamente.

Los tres niños alcanzaron al señor Allen, que empujaba el cargado carrito portaequipajes buscando el andén número catorce.

—Ni te imaginas lo que Julian y Joan acaban de decirme —exclamó Elizabeth cuando su padre se detuvo—. Kerry Dane llegará en cualquier momento. ¡La auténtica Kerry Dane en persona!

—¿Y quién es Kerry Dane, si puede saberse?  
—preguntó el señor Allen.

—¿En serio, papá? —contestó Elizabeth mientras quitaba su fiambarrera y las cosas de deporte de encima de su baúl, marrón y con la leyenda «E. ALLEN» pintada en negro—. Ya sabes, la protagonista de *El viaje de Zara*, esa preciosa película que mamá me llevó a ver en las vacaciones. Joan la ha visto también. ¡Todo el mundo la ha visto!

—¡Ah! ¿Esa que tu madre y tú fuisteis a ver dos veces? ¿Protagonizada por una jovencita de la que nadie ha oído hablar?

—¡Sí, Kerry Dane! Era una colegiala de Londres normal y corriente hasta que la gente del cine la descubrió, pero ahora todo el mundo ha oído hablar de ella. ¡Todo el mundo menos tú, papá! Y es una verdadera maravilla. —Elizabeth se puso de rodillas junto al carrito portaequipajes y se las arregló para abrir su baúl. Echó la tapa hacia atrás y continuó hablando—. La admiro mucho. Ella es exactamente la clase de persona que me gustaría ser.

Elizabeth rebuscaba con afán, desordenando el contenido del baúl al mismo tiempo. Libros, prendas de ropa y marcos de fotos empezaban a aparecer, pero no encontraba lo que buscaba. ¿Dónde estaba? ¿A que se le había olvidado cogerlo?

—¿Y dices que va a venir aquí? ¿A la estación?  
—preguntó el señor Allen, sorprendido—. Bueno, aunque así sea, Elizabeth, este no es momento ni lugar para ponerte a sacar las cosas del baúl.

—A la estación no, señor —explicó Julian, con un brillo de diversión en sus ojos verdes al ver a Elizabeth de rodillas y a los transeúntes tratando de sortearla—. Al cine de aquí al lado. La película está llenando las salas y según parece Kerry pasará por ahí a las diez para charlar con todos sus admiradores.

—Pues se va a mojar —observó el señor Allen—, porque está lloviendo.

—Hay un cartel colgado en el cine —intervino Joan—. Julian lo vio al pasar. —A su callada manera, Joan estaba tan emocionada como Elizabeth—. Esperemos que nos dé tiempo a conseguir un autógrafo.

—¡Hurra! —gritó Elizabeth, agitando algo en señal de triunfo—. Mi cuaderno de autógrafos. Estaba segura de que lo había metido en la maleta. Se encontraba justo al fondo. ¡Cómo no! Lo siento, papá.

Mientras sus amigos volvían a meter todo rápidamente en el baúl y cerraban la tapa, Elizabeth acariciaba la cubierta de cuero blanco de su preciado cuaderno de autógrafos. Lo hojeó. Al final del último trimestre algunos de los que se habían marchado de Whyteleaf le escribieron mensajes en él. Y había dos anotaciones muy especiales de William y Rita, que habían sido los jefes de los alumnos. ¡Estaría genial conseguir el autógrafo de Kerry Dane también! Sería otra estupenda firma que añadir a su colección.

—No tardaremos, papá —se apresuró a decir, mientras ayudaba a su padre a apilar de nuevo todas sus cosas en el carrito portaequipajes.

—¡Eh, un momento! —protestó su padre—. No me gustaría nada que perdieras el tren. No sé si debería dejar que...

—¡Oh, por favor, papá! —le rogó—. No volveré a tener otra oportunidad como esta. No perderemos el tren, te lo prometo. ¡Tenemos media hora! —Se volvió hacia sus amigos buscando apoyo y añadió—: No se nos ocurriría perder el tren, ¿verdad?

—Claro que no —confirmó Joan.

—Desde luego, me horrorizaría perder el tren —aseguró Elizabeth.

Era la pura verdad. Llevaba días soñando con el viaje en tren de vuelta a Whyteleafe. Habría muchas personas conocidas a bordo y algunos alumnos nuevos. Ese momento era siempre muy emocionante. Y, además, pasaba a un curso superior. Se elegiría a una delegada y un delegado nuevos en cuanto llegaran al colegio, ¡y a los de su nuevo curso se les permitía votar!

—Yo me encargaré de que todos volvamos a tiempo. Andén catorce, ¿verdad, señor? —dijo Julian, dándoselas de adulto—. El cine está pasando el pasaje abovedado de allí. ¡Justo al lado de la estación!

—Y Joan es monitora, así que ella también estará pendiente —adujo Elizabeth. Se fijó en que sus dos amigos habían tenido la sensatez de quedarse con la gabardina al subir el equipaje al tren—. Me pondré el impermeable si quieres, papá, para que no se me moje el uniforme.

—De acuerdo —cedió finalmente su padre. Sabía lo mucho que Elizabeth detestaba ponerse su viejo

impermeable. Lo sacó de un bolso de mano y se lo pasó—. Subiré tu equipaje al tren y te veré en el control de billetes dentro de quince minutos.

—¡Gracias, papá!

Los tres amigos salieron corriendo de la estación en dirección al cine. Aunque era temprano, ya había cola. Los rótulos luminosos del cine se reflejaban en el pavimento mojado. «*El viaje de Zara* —indicaban con intensidad—, protagonizada por Kerry Dane». Y estaba el cartel que Julian había visto poco antes:

### ATENCIÓN

Nos complace anunciar la visita sorpresa de Kerry Dane. Estará aquí para hablar con sus admiradores y firmar autógrafos entre las diez y las diez y cuarto de la mañana de hoy.

El cartel estaba en la entrada principal del cine, delante de las puertas de cristal. Un policía y un portero que vestía un uniforme rojo intenso se encargaban de mantener la zona despejada.

—Si desean ver a la señorita Dane, pónganse a la cola. Si no, circulen —decía el portero—. El coche de la señorita Dane llegará en cualquier momento.

Emocionada, Elizabeth agarró a sus amigos del brazo. Tenía el cuaderno de autógrafos bien guardado en el bolsillo del impermeable.

—¡Así que no te lo habías inventado, Julian! —dijo—. ¡Qué detalle que Kerry venga a hablar con sus fans en una mañana tan fea como esta!



—Por lo visto, aparece de manera inesperada en los cines muy a menudo —comentó Joan—. Lo he leído en los periódicos. Dice que le gusta mucho reunirse con sus admiradores.

—Es una buena publicidad, supongo —apuntó Julian con una sonrisita—. Es una buena idea no anunciarlo con antelación, así no tiene que vérselas con grandes multitudes. Estoy deseando ver la cara de mi primo cuando le enseñe el autógrafo de Kerry Dane. Se lo venderé por una bonita cantidad. Se ha pasado todas las vacaciones poniendo la película por las nubes.

—¿Dónde nos situamos? —preguntó Joan, ansiosa—. No está permitido esperar aquí fuera. Nos harán circular.

—¡En la cola, claro! —contestó Julian—. Haremos como que estamos esperando para ver la película, como todos los demás.

La cola más corta era la de los asientos más caros, y estaba protegida de la lluvia por una marquesina. Mientras Julian silbaba despreocupadamente, los tres amigos se pusieron al final.

—Me siento un poco culpable —susurró Joan.

—No tardará mucho —señaló Elizabeth—. Deben de ser casi las diez.

—De hecho —dijo Julian, mirando el reloj y luego hacia la calle—, ¡son y cinco! Y aún no hay señal del coche... Si solo va a estar hasta y cuarto, más vale que se dé prisa.

Pero Elizabeth no estaba escuchando.

—¡Mira, Joan! —exclamaba—. ¿Te acuerdas de esta parte?

Las dos chicas se habían girado para mirar la estrecha vitrina fijada a la pared que tenían a sus espaldas. Contenía una selección de fotogramas de momentos dramáticos de la película. El fragmento que Elizabeth señalaba mostraba a Kerry Dane, con el pelo rubio enmarañado y la cara surcada de lágrimas, bajando con dificultad por la ladera de una montaña con un niño en brazos.

—¡Sí! —respondió Joan, mirando el fotograma—. Tenía el corazón en un puño. Estaba convencida de que Stefan iba a morir. Después de todo lo que había hecho Zara para sacar a los niños más pequeños de la zona de guerra y ponerlos a salvo... Y se encontraban tan cerca de casa...

Completamente absortas, las dos amigas se pusieron a comentar la película. Juntas, rememoraron la historia de cómo una valiente joven refugiada, Zara, interpretada por Kerry Dane, había sacado a un grupo de niños de una aldea en zona de guerra, escapando por poco de minas y fuego enemigo. Luego había comenzado un terrible viaje por las montañas, entre tormentas y ventiscas, casi sin comida ni ropa de abrigo, tratando de alcanzar la seguridad de la granja de su tío, en el siguiente valle. Zara había dado todas sus raciones de comida a los niños más pequeños y hacia el final se había mantenido comiendo solo nieve. Y luego Stefan, el menor de todos ellos, se había puesto muy enfermo...

—Me encantó esa parte en la que Zara hace una balsa y, remando, lleva a los niños por el río, uno por uno —comentó Elizabeth, y luego suspiró—. ¿Te acuerdas de cuando descubren que han volado el puente? ¿A que es muy valiente? Una líder nata. Seguro que Kerry Dane es una persona genial en la vida real. Todo parece tan verdadero...

—Pero ¿dónde se habrá metido hoy? —se oyó decir a Julian con voz enfadada.

—¡Vaya! —Elizabeth se volvió para mirar a Julian. Su amigo había estado pendiente de la llegada del coche todo el tiempo—. ¿Se está haciendo tarde?

—Son casi y cuarto —respondió, encogiéndose de hombros—. Y el tren sale en quince minutos...

—Entonces tenemos que volver a la estación —apuntó Joan, cabizbaja.

—Seguro que podemos esperar otros cinco minutos, venga —protestó Elizabeth, y de repente se oyó un grito de entusiasmo.

Había llegado un coche, con un fuerte chirrido de frenos y salpicando a todo el mundo.

Una radiante figura salió de la parte trasera del vehículo azul. La melena de cabello dorado era inconfundible. Al igual que sus enormes ojos marrones y la dulzura de su boca sonriente.

—¡Es ella! —gritaron todos.

—¡Es Kerry Dane!

Fue un momento emocionante para Elizabeth y Joan. La auténtica Kerry Dane..., por fin. Y era tan guapa fuera de la pantalla como en la película.

Pero entonces vino la decepción. Echó a correr bajo la lluvia, pasó junto a las colas de gente y subió los peldaños del cine. El portero estaba listo, esperando a abrir una de las grandes puertas de cristal.

Avanzando hacia delante, Elizabeth alcanzó a ver al encargado del cine y al personal en el interior. Alineados en el vestíbulo, aguardaban para entregar un ramo de flores.

La apremiante señal con la mano que el conductor le hizo a la joven actriz cuando esta se volvió hacia la multitud que la esperaba llevó a Elizabeth a temer lo peor. Kerry no iba a quedarse. El coche se dirigía ya rápidamente hacia la parte posterior del cine, preparándose para que ella abandonara el lugar por una salida trasera.

Desde el escalón superior, la joven actriz pronunció unas breves palabras.

—Es maravilloso veros a todos aquí. Espero que disfrutéis viendo *El viaje de Zara* tanto como yo disfruté actuando en ella. Si os gusta la película, acordaos, por favor, de decírselo a vuestros amigos. Me apetecía muchísimo veros y quedarme a charlar esta mañana, pero ¿qué decir?... Bueno, una cosa sí puedo decir: es mucho más fácil recorrer montañas entre ventiscas y tormentas que intentar desplazarse con el tráfico de Londres.

Se oyeron carcajadas de comprensión entre la multitud.

—¡Así que estoy metida en un buen lío! Me esperan dentro de nada en otro sitio, en las afueras de

Londres. Mi chófer, que además es mi padre, dice que no debería estar aquí, pero no quería decepcionaros. Ahora lo único que puedo hacer es daros las gracias, entrar corriendo para dárselas también al encargado y al personal del cine, y a continuación ponerme en marcha.

Fue un discurso tan simpático que todos se tragaron la decepción y aplaudieron. Sonriendo y diciendo adiós con la mano, Kerry Dane fue conducida al vestíbulo. La mayoría de la gente empujaba hacia delante para observar cómo le estrechaba la mano al personal del cine. ¡Qué ramo de flores tan bonito le entregaron!

Pero Elizabeth no. Elizabeth se estaba rezagando. Había sacado su cuaderno de autógrafos, presa de una emoción repentina.

—¡Vayamos corriendo hasta la parte de atrás del cine! —susurró—. Está claro que va a marcharse por la puerta trasera.

Joan parecía preocupada.

—¡Déjate de historias, Elizabeth! —exclamó Julian—. ¡Solo tenemos diez minutos!

—¡Tiempo de sobra! ¡Saldrá en un momento! ¡Quiero un autógrafo suyo, aunque vosotros dos no lo queráis! —replicó, muy exaltada—. ¡No voy a darme por vencida ahora!

Elizabeth salió disparada y echó a correr por el lateral del edificio, siguiendo el camino que había tomado el coche azul. La lluvia arreciaba cada vez más. Iba chapoteando en los charcos, pero le daba igual.



«Kerry Dane parece maja —pensó, ilusionada—. Seguro que no le importará. Espero llegar a tiempo. ¡Se notaba que iba apuradísima!».

¡No era momento de pararse a discutir con Julian!

Oía su voz en algún lugar detrás de ella y el sonido de rápidas pisadas. Joan y él la perseguían, intentando que volviera. Pero, por una vez, la niña más rebelde decidió que no le importaba estar haciendo honor a su mote. Nada se interpondría en su camino: ¡tenía que conseguir ese autógrafo!

Había corrido a toda pastilla y se encontraba en algún punto de la parte posterior del gran edificio del cine. Ofuscada, se metió por la primera bocacalle con la que se topó, pero conducía a un callejón sin salida. De pronto se vio ante una valla y una hilera de contenedores de basura con ruedas.

«¡Vaya! ¡Debe de ser en la siguiente bocacalle!», comprendió, a la vez que oyó a Julian y Joan pasar a la carrera llamándola.

Entonces, para consternación suya, oyó el sonido de un motor que se ponía en marcha y se giró.

En el otro extremo del callejón apareció el morro de un coche azul que procedía de la siguiente calle.

«¡Se marcha! No he llegado a tiempo», pensó Elizabeth, aunque de repente, con un chirrido de frenos, el coche se paró.

Elizabeth se quedó mirando. Kerry Dane se bajó del asiento trasero del coche con el gran ramo de flores aún en la mano. Entró corriendo en el pequeño callejón sin salida. ¡Iba derecha hacia Elizabeth!

¿Cómo podía ser? Por un momento Elizabeth se preguntó si quizá sus amigos le habían explicado...

¡No! La joven pasó corriendo por delante de Elizabeth sin mirarla siquiera. Con el cabello dorado al viento, llegó al contenedor de basura más cercano y echó la tapa hacia atrás.

Entonces sonó el claxon del coche.

—¡Espera, papá! —gritó la niña—. No tardaré nada. No puedo llevarme estas bobadas. ¡Tengo que librarme de ellas!

Julian y Joan reaparecieron justo a tiempo para ver a Kerry Dane tirar el ramo de flores al contenedor y bajar la tapa de golpe.

Elizabeth se había quedado pasmada, pero, no obstante, cuando la actriz se dio la vuelta y echó a correr otra vez, se apresuró a acercarse a ella, con su cuaderno de autógrafos extendido.

—Kerry, ¿me firmarías aquí, por favor? —dijo con la voz entrecortada.

La joven se volvió hacia ella con desdén. La transformación con respecto a la persona de la pantalla era completa. De su bonita sonrisa y sus modales cariñosos no había ni rastro. Le centelleaban los ojos y su expresión era dura.

—¡Claro que no, pesada! —dijo, y apartó el cuaderno con la mano—. ¿No ves que tengo prisa?

El cuaderno de autógrafos salió volando de la mano de Elizabeth y fue a parar a un charco.

—¡Mi cuaderno! —exclamó Elizabeth furiosa, y se lanzó a rescatarlo—. ¡Mira lo que has hecho! ¡Está todo mojado y estropeado!



—¡Pues igual que tú! —contestó Kerry Dane mientras la miraba por encima del hombro y corría hacia el coche que la esperaba.

Subió a bordo y el vehículo se alejó.

Elizabeth se quedó allí unos instantes, aferrada a su cuaderno, atónita por la grosería de la chica.

—¡Menuda niñata! —dijo Joan, cogiendo el cuaderno y limpiándolo con un pañuelo de papel.

—¿Habéis visto lo que ha hecho con esas preciosas flores? —preguntó Elizabeth, recuperando el habla—. ¿Cómo ha podido actuar así?

—Creíamos que sería una persona agradable —comentó Joan, tan sorprendida como Elizabeth—, pero no lo es. No es nada agradable.

—¡Es realmente horrible! —afirmó Elizabeth.

Julian no estaba hechizado por la película de Kerry Dane, puesto que no la había visto.

—Le has dicho a tu padre que íbamos a conocer a la auténtica Kerry Dane —señaló, y esbozó una sonrisa irónica—. Y acabamos de conocerla, desde luego...

—¡Mi padre! —cayó en la cuenta Elizabeth, horrorizada—. ¡El tren! ¡Vamos a perder el tren!

—No, no vamos a perderlo —repuso Julian, mirando el reloj—. ¡No si corremos!

—¡Le daré las flores a mi padre para que se las lleve a mi madre! —exclamó Elizabeth, volando hacia el contenedor de basura—. ¡Eso le alegrará y así no se malgastarán!

Cinco minutos después, la misma Elizabeth se había alegrado considerablemente.

Se había despedido de su padre y ya estaban en el tren sanos y salvos.

—¿Lo ves, Julian? ¡Te dije que teníamos tiempo de sobra!

Había sido un episodio bochornoso. Había sido humillante. Kerry Dane había resultado ser una persona totalmente diferente en la vida real. ¡Una persona odiosa! Pero Elizabeth no tenía intención de comentarlo con nadie. Ahora podía olvidarse de ella, pues volvía a Whyteleafe, el mejor colegio del mundo.

El tren inició la marcha, pero inmediatamente se detuvo con una sacudida. En algún lugar, en la parte trasera, alguien que llegaba con retraso subió a bordo en la sección de primera clase cargado de equipaje.

Entonces se oyó el sonido de puertas que se cierran, otro pitido del silbato del jefe de estación... y por fin estaban de camino.

